

EVOLUCIÓN DE LA POLÍTICA ÁRABE EN EL CONTEXTO DE LA DINÁMICA DE RELACIONES CON LAS GRANDES POTENCIAS

Antonio Javier Martín Castellanos

Universidad de Cádiz, Spain. E-mail: antonio.castellanos@uca.es

Recibido: 12 Diciembre 2004 / Revisado: 7 Enero 2005 / Aceptado: 23 Enero 2005 / Publicación Online: 15 Febrero 2006

Resumen: El mundo árabe se ha convertido en una encrucijada geoestratégica de gran importancia. La posesión de recursos naturales, el acceso a enclaves de comunicación marítima vitales para la economía de Occidente y una combinación de crecimiento demográfico descontrolado, estancamiento económico y descontento político convierten a esta zona en una de las más inestables del planeta. El presente artículo pasa revista por las grandes etapas de la evolución de la política árabe, insertándolas en la dinámica del sistema internacional y de su impacto en la dinámica de relaciones entre las grandes potencias. Se destaca que si bien el mundo árabe conforma una civilización, no es un bloque, encontrándose dividido por grandes fracturas internas. Esto es un factor de gran debilidad en un momento en que la hiperpotencia estadounidense se ha fijado la meta de lograr que quede bajo su órbita directa.

Palabras clave: Estados Unidos, geoestrategia, Mundo árabe, Política Internacional.

1. DINÁMICA DEL MUNDO ÁRABE HASTA LOS AÑOS SETENTA: LA HEGEMONÍA DEL SOCIALISMO ÁRABE

El mundo árabe formó parte del proceso colonialista que las potencias europeas impusieron a extensas áreas del globo, lo cual marcará profundamente la historia contemporánea de la región. Ese proceso fue dispar en el tiempo, en su naturaleza formal, y en la identidad de la potencia colonizadora. En todo caso, el Colonialismo impactaría de tal modo en las estructuras de los países sometidos que estos iniciarán la construcción nacional de sus Estados, una vez independientes, teniendo como referencia en muchos casos el modelo

colonial. Se ha llamado la atención muchas veces que las zonas árabes bajo el dominio británico se independizarán desarrollando sistemas políticos monárquicos y en cambio el área francesa lo hará implantando repúblicas. Este hecho se ha interpretado como imitación de los Estados nacientes por el modelo de las potencias coloniales que habían tenido: Gran Bretaña se constituye en monarquía y Francia en república¹.

Soslayando las notables diferencias temporales en las fechas formales de independencias políticas, podemos globalizar diciendo que a principios de los años sesenta del pasado siglo ya tenemos casi configurado los Estados árabes tal como los conocemos hoy día, sobre todo en lo referido al modelo de régimen institucional con que se dotaron. La década de los sesenta es fundamental para comprender numerosos procesos sociopolíticos que se observan en el mundo árabe y que voy a sintetizar en los dos que me parecen primordiales. Por un lado, y en el plano externo, se constituye un conjunto regional, en principio libre de la tutela ejercida por las potencias europeas, que entra en una nueva dimensión histórica en que Europa es consciente de su pérdida de liderazgo en el escenario mundial y éste pasa a ser disputado por EE.UU. y la Unión Soviética, que intensifican su rivalidad en la guerra fría, y los países árabes comienzan a ser objeto apetecido por las superpotencias como área de expansión de sus intereses estratégicos. Por otro lado, en el frente interno, es la década de especial significación del rumbo socialista de muchos gobiernos árabes y de la extensión de diversos grupos y movimientos socialistas en aquellos países en que se constituyeron como oposición política.

Las dos grandes superpotencias coincidían en su visión anticolonialista y apoyaron de diverso modo los procesos independentistas de las naciones del Tercer Mundo. Norteamérica, por ejemplo, manifestaba que ella misma era una nación que había sufrido y se había liberado del colonialismo y esa orientación venía propagándola desde principios del siglo XX. La Unión Soviética, por propia ideología, rechazaba rotundamente el Colonialismo, asimilado con el Capitalismo explotador de los pueblos. Pero el apoyo a los procesos descolonizadores no debe entenderse de forma altruista por parte de las grandes potencias. A ambas les convenía la desaparición de los dominios coloniales porque de esa forma Europa dejaba campo abierto para una posterior influencia de las grandes potencias en las ex-colonias, lo que les facilitaría ganar enormes posibilidades de influencia en la mayor parte de África y Asia. Por tanto, la descolonización del mundo árabe era necesaria en el nuevo orden internacional porque era una región cuya importancia estratégica se presumía creciente, a medida que sus recursos energéticos incidirían cada vez más en la economía de los países y por su situación geográfica entre tres continentes, aspecto esencial en el contexto de la guerra fría. Estos elementos contribuyen a explicar la actitud de las superpotencias en Naciones Unidas respecto al conflicto del Canal de Suez de 1956, donde el ataque conjunto anglo-francés, en combinación con Israel, contra Egipto hubiese supuesto consolidar el control de Oriente medio por parte de las potencias europeas. La resolución del mismo, mediante un alto el fuego impuesto por la ONU, representará a largo plazo una pérdida de influencia europea en la región y la adopción directa de posiciones por parte de estadounidenses y soviéticos. Tan sólo los británicos seguirán manteniendo importantes vínculos con los países del Golfo, donde tendrán que ir dejando paso también a la diplomacia norteamericana.

Pero los años sesenta representan también el momento histórico de auge de los movimientos socialistas, lo que beneficiaba especialmente a la URSS². Grupos de intelectuales y amplios sectores cercanos a las capas populares de las poblaciones sometidas hicieron una lectura de la dominación colonialista europea y su sistema productivo capitalista, opresivo para los países colonizados, que explotaba sus recursos naturales y humanos y les condenaba al subdesarrollo. Las conclusiones eran simples: Europa y Capitalismo forman una unidad, EE.UU., como potencia capitalista, participa de

esa unidad; el Capitalismo subyuga al mundo colonizado. La alternativa al Capitalismo es el Socialismo, tal como se observa en la experiencia histórica, luego el Socialismo posibilita la liberación de los pueblos y el desarrollo en cuanto se opone al sistema capitalista. Las consecuencias serán que muchos procesos independentistas estarán dirigidos por organizaciones próximas a la ideología socialista, como sucederá en Argelia con el Frente de Liberación Nacional (FLN) y en Túnez con el Partido Neodestoriano, que tomarán el poder en la hora de la independencia y se convertirán, *de iure* en el primer caso y *de facto* en el segundo, en países de partido único prácticamente hasta la década de 1990. Así, la lucha contra el Colonialismo se acompaña de un intento de hacer una revolución paralela para instituir Estados socialistas, con profundas transformaciones políticas, económicas, sociales y culturales. Habrá países en que las fuerzas socialistas no lograrán alcanzar el poder, pero se constituirán en organizaciones de oposición política importantes, con destacado arraigo popular; en Marruecos, por ejemplo, hubo un intento de crear una estructura socialista en los años posteriores a la independencia, cuando el gobierno estaba conducido por el ala izquierdista del *Istiqlal*, que había dirigido el proceso independentista hasta que el rey Hasan II se hizo con el control definitivo del poder.

Los países que de un modo u otro se definieron como socialistas se embarcaron en grandes políticas de estatización de los medios productivos, de extensión de una vasta Administración muy burocratizada, de laicismo en lo cultural, de grandes inversiones públicas en sanidad, educación y ciertas infraestructuras. Estas políticas correspondían a una época de euforia de los gobernantes, amparada en los suculentos recursos financieros que proporcionaba el petróleo u otras materias de exportación y, cuando no resultaban suficientes, se acudió a los empréstitos internacionales para costear las inversiones³.

La propagación de regímenes socialistas en la región permitió a la Unión Soviética estrechar relaciones con importantes países, de naturaleza e intensidad variables, siendo Egipto el país que capitalizó en buena medida unas relaciones políticas, económicas y militares privilegiadas, entre los años 1956 y 1973. Asesores soviéticos se situaron en el país citado, como también en Siria, Iraq, Arabia y Libia. Estados Unidos, por el contrario, procuró incrementar su influencia

en los países monárquicos, algunos de los cuales temían por la supervivencia de sus regímenes si fuesen asaltados por los grupos izquierdistas de oposición. Esto ocurrió en Marruecos y Jordania especialmente, y también en la zona del Golfo, donde el peligro de inestabilidad política parecía menor.

Pero una situación muy concreta favorecía en la época a los soviéticos y limitaba la capacidad estadounidense de influir políticamente en los Estados árabes: el conflicto árabe-israelí. El Estado de Israel, surgido en 1948, con el reconocimiento de las dos superpotencias, provocó con su nacimiento un conflicto que afectó a toda la región. La transformación de Egipto en un país socialista con `Abd al-Naser, a partir de 1954, le llevó a reforzar sus lazos estratégicos con la URSS. Egipto era el país árabe más comprometido con la causa palestina y lideraba el rechazo árabe a la existencia de Israel. Ello determinó que la Unión Soviética se pusiera definitivamente del lado árabe y rompiera relaciones con Israel. Estados Unidos, por el contrario, reforzó sus relaciones con Israel, lo que ofendió al mundo árabe e incentivó una corriente antiamericana que se extendió masivamente en todas las poblaciones. Algunos gobiernos que mantenían estrechas relaciones con Washington debían matizarlas a la hora de exponerlas públicamente.

La prolongación en el tiempo del conflicto árabe-israelí, que en principio permitía a la potencia rival intensificar sus lazos con importantes Estados árabes, obligaría a EE.UU. a desarrollar una diplomacia inteligente en la que se conjugaba su apoyo explícito y permanente a Israel con la estrategia de evitar que la región cayera en la órbita soviética, lo que a largo plazo le daría importantes resultados.

Pese a estos antecedentes, la región no quedó en la órbita de la URSS. El socialismo árabe difería sustancialmente del practicado en la Europa Oriental, entre otras cosas por su rechazo del ateísmo y la lucha de clases. Suspicacias árabes y soviéticas casi siempre se produjeron y los Estados de la región procuraron mantener su independencia sin ser absorbidos en la dinámica mundial de la guerra fría como parte integrante de uno de los bloques; de hecho, se adhirieron al conjunto de países no alineados, que aglutinaba a la mayoría de naciones del Tercer Mundo. Cooperación sí, pero entrega no.

2. CRISIS DEL MODELO SOCIALISTA, EMERGENCIA DEL ISLAMISMO Y SUS IMPLICACIONES EN LA POLÍTICA DE BLOQUES

En la década de los setenta se perciben algunos hechos que sentarán las bases de futuros cambios. Por un lado el conflicto árabe-israelí evoluciona hacia una consolidación del Estado judío, en parte por dicho conflicto los precios del petróleo se disparan a partir de 1974, constatándose la incapacidad árabe de hacer frente a Israel y de resolver el problema palestino por ella misma. Por otro lado, el gran valedor de la causa árabe, del panarabismo y de un modelo de desarrollo socialista, el egipcio `Abd al- Naser, muere en 1970 y ello supondrá un giro en la política de su país con su sucesor Anwar al-Sadat, que iniciará progresivamente una política liberal y que le llevará a romper con la Unión Soviética y a estrechar relaciones con Estados Unidos, junto con la trascendental decisión de ser el primer país de la región en reconocer y mantener relaciones diplomáticas con Israel. Egipto dejará de ser para el resto de los árabes su paradigma y modelo de imitación. Finalmente, en 1979 dos acontecimientos se dan casi paralelamente: el triunfo de la revolución islámica en Irán y la invasión soviética de Afganistán, dos hechos relevantes que incidirán profundamente en el devenir histórico de la región y en sus relaciones con las principales potencias del globo. Todos estos elementos, sólo mencionados muy parcialmente, producirán a lo largo de los años ochenta un cambio de conciencia notable de los Estados árabes respecto a su percepción de la realidad, pasándose de la euforia de las décadas precedentes a la depresión producida por el fin del sueño desarrollista.

En efecto, los años ochenta evidencian el despertar de las ilusiones desvanecidas por las esperanzas que se habían puesto en el futuro regional respecto a su lugar en el mundo y el conflicto con Israel. Se percibe una cierta “depresión” tras asumirse la debilidad del desarrollo económico, la ineficacia de los programas de planificación, los fracasos en los procesos de industrialización y modernización agrícolas y un incremento en el grado de dependencia del exterior al haberse confeccionado globalmente una política rentista basada en economías de monoexportación. La caída del precio del crudo disminuyó la suficiencia financiera en muchos Estados, el recurso ya constante a los créditos a través de

los organismos internacionales, en un contexto de incremento de tipos, junto con el fracaso en las políticas de autarquía productiva, con el deterioro subsiguiente en las balanzas de pago, evidenciaría el peso de una deuda externa que obligaría a un ajuste económico y a una disminución de los proyectos de desarrollo social. Sería el fin del Estado providente. El ajuste económico sería impuesto por el FMI o el Banco Mundial y tendría como procedimientos principales los programas liberalizadores, mediante la privatización de empresas públicas, que se acometería a finales de los años ochenta y a lo largo de los noventa, el abandono en la subvención al precio de los productos básicos y una reducción de los déficits fiscales. La consecuencia estratégica de las imposiciones de los organismos financieros internacionales, que de un modo u otro están controlados desde Occidente, es que el mundo occidental, financieramente, va a presionar y determinar la política económica regional. En la situación doméstica, asistiremos a una pérdida de capacidad de los Estados que, para no comprometer su autoritarismo y necesidades patrimonialistas, van a intentar resistirse y limitar el alcance de las liberalizaciones económicas, procurando que las mismas sean parciales a fin de que no pudieran provocar una liberalización política, pero se verían obligados a acometer algunas reformas, dolorosas para la mayoría de la población, como la retirada de las subvenciones a los productos básicos, lo que dispararía el precio de estos y sería el detonante de estallidos populares en las “revueltas del pan” que en diversas ocasiones se producirán en países como Marruecos, Argelia, Túnez o Jordania y que serían reprimidos violentamente. Los Estados deberían disminuir su peso para resultar menos costosos y permitir el fortalecimiento de la iniciativa privada, lo que significa iniciar un proceso desincentivador del estatismo de los años sesenta, lesivo para los intereses de los grupos gobernantes. La respuesta será que las privatizaciones se harían en beneficio de sectores cercanos al poder y que se tendería a una aceptación parcial de reformas políticas liberalizadoras, lo cual podrá percibirse desde finales de los ochenta y en los noventa, en un período que muchos creyeron observar como de avance de la democratización, con introducción de nuevas Constituciones o reformas de éstas en Túnez a partir de 1987, en Argelia desde 1988, en Jordania en 1992, en Marruecos en un proceso ambivalente principalmente a partir de 1996. En los países del Golfo se acometerían tímidos procesos tales

como la reintroducción de elecciones en Kuwait, con un parlamento de poderes muy limitados, o la creación de una asamblea consultiva, elegida por el rey, en Arabia Saudí, en los años posteriores a la guerra del Golfo de 1991.

Si en el plano interno asistimos a una evolución hacia el liberalismo, al menos económico, a partir de finales de los ochenta, esto significa que se produce un cambio de orientación en la evolución regional. Se abandonan las referencias socialistas por los principios impuestos por los organismos financieros internacionales, lo cual es un rasgo común a la mayoría de Estados. Este cambio de rumbo, iniciado tempranamente por Egipto en la década de los setenta, hará que países como Argelia y Túnez dejen de ser formalmente socialistas, defiendan la economía de mercado, el fortalecimiento del sector privado e impulsen el pluripartidismo, esto último no aplicable al islamismo. Los Estados ba'azistas de Siria e Iraq, sin apertura política, emprenderán tímidas reformas económicas e incluso una disminución palpable del laicismo en lo jurídico y lo cultural. La unificación de los dos Yémenes en 1991 pondrá fin a un Estado marxista-leninista y Libia evoluciona por sí misma desde el socialismo inicial de 1969 hacia el populismo de su “República de las masas”, caracterizada por una estructura sin partidos políticos y de naturaleza asamblearia profesional. En resumidas cuentas, el mundo árabe parece converger hacia formas articuladas más cercanas al modelo occidental, sin arriesgar demasiado la naturaleza de sus regímenes y la posición de las elites gobernantes, que apenas han variado a lo largo de las décadas.

La revolución islámica iraní y la ocupación de Afganistán por los soviéticos modificarán la geoestrategia y la relación de Estados Unidos con los países árabes. Dado que ambos hechos coincidirán en el tiempo, se sentará las bases de una consideración diferente hacia el islamismo político en una situación compleja y multiforme. Por una parte, el nuevo régimen iraní acometerá una propaganda antiamericana y de diseminación de movimientos islamistas en diversas regiones del Islam, sobre todo en el Líbano y, de modo más indirecto, en el Iraq y zonas chiíes del Golfo, lo que contraviene aparentemente los intereses estadounidenses y de los gobiernos sunníes en Arabia Saudí y sus pequeños Estados vecinos. Se percibe a Irán como una amenaza a la estabilidad política de la región y por ello se apoya a Iraq cuando comienza su guerra frente a Irán en 1980, en un

conflicto que se mantendrá hasta 1988. Norteamérica incluso llegó a sopesar la conveniencia de intervenir militarmente en Irán y sostener el régimen del depuesto Shah Reza Pahlevi, pero las consecuencias derivadas de la intervención soviética en un país islámico proporcionará actitudes en absoluto unívocas. La estrategia estadounidense derivará hacia la aceptación *de facto*, sin reconocimiento oficial y sin mantener relaciones diplomáticas, del régimen islámico iraní, puesto que la cuestión afgana es valorada como de mayor prioridad y se teme un posible expansionismo soviético por las regiones del Islam. Irán puede servir de freno precisamente a dicho expansionismo, y sus propias ambiciones respecto a sus vecinos se contrarrestarán gracias a la guerra con Iraq, que protegerá a los países del Golfo. De hecho, Norteamérica trabajará realmente para mantener empantanado el enfrentamiento irano-iraquí, sin interesarle claramente la victoria de uno u otro, proporcionando armas a ambos contendientes de manera alternativa según la marcha de las campañas bélicas para apuntalar al más débil coyunturalmente. Además, por medio de ella, la diplomacia norteamericana encuentra ocasión para estrechar lazos estratégicos con los países del Golfo, temerosos de una victoria iraní, reforzando su seguridad. Estos lazos igualmente se verán propiciados con estos países por la colaboración mutua para defender el Islam afgano frente a los soviéticos. Y es que la herramienta más eficaz que se considera hacia 1980 para oponerse a aquella invasión será potenciar un sentimiento de fraternidad islámica y de ayudar al “país hermano” sometido. El islamismo se interpreta ahora con una nueva visión estratégica; puede suponer una herramienta ideológica y organizativa que obstaculice los planes soviéticos respecto a la región. De esta forma, con un discurso claramente islamista, desde Arabia Saudí y teniendo como centro inicial de operaciones Pakistán, se diseñará un plan de apoyo a la resistencia afgana y se creará una red internacional en todo el mundo islámico para reclutar fieles musulmanes y destinarlos a la liberación de Afganistán en un verdadero *yihad* frente al comunismo ateo, origen de la organización *al-Qa'ida*, que quiere decir “La Base”, a la que Estados Unidos proporcionará apoyo logístico. Es decir, el pensamiento islamista representa una alternativa a la ideología socialista, por oponer religiosidad frente a ateísmo o laicismo, que moviliza a las masas musulmanas frente a la belicosidad de la URSS; pero además sirve de contrapunto en el

plano interno de los países islámicos para debilitar la popularidad de las organizaciones socialistas de oposición política, ya que es preferible un deslizamiento de las clases populares hacia el islamismo que hacia el socialismo en el contexto general de la guerra fría. La consecuencia directa no será solamente la creación de una red combativa a favor del pueblo afgano, sino la extensión de diversas organizaciones islamistas en numerosos países de la región, con financiación saudí o iraní, según los casos, y la anuencia de Estados Unidos⁴. Por lo tanto, el islamismo, unas veces de signo moderado, que acepta el juego democrático y el acceso al poder mediante elecciones, y el radical, que promueve su éxito político por cualquier vía, tendrá un incremento muy sustantivo de apoyos populares, facilitado por una financiación que permite a diversas organizaciones islamistas llevar a cabo acciones solidarias como la construcción de escuelas u hospitales, lo que les hace atractivas, y con una organización que en algunos países es de oposición tolerable más aceptable que ciertos grupos izquierdistas. Hasta el colapso soviético, el mundo árabe discurría hacia un mayor grado de liberalismo económico, también político en lo que respecta a Argelia, Túnez y formalmente Egipto, con movimientos de oposición islamistas extendidos en muchos países, que serán reconocidos en Argelia, pero no en Túnez, tampoco en Egipto, y de signo moderado en Marruecos o Jordania. Pero el final de la URSS va a propiciar un escenario muy diferente en el panorama internacional, donde el enfrentamiento entre dos grandes potencias será sustituido por una realidad nueva donde no se discute la hegemonía estadounidense y ésta se va a manifestar como gendarme de la seguridad mundial, por lo que los conflictos regionales que antes no podían evidenciarse por estar subsumidos en el proceso de guerra fría ahora van a estallar virulentamente en regiones diversas, como los Balcanes u Oriente medio.

3. EL PROCESO DE INSERCIÓN DEL MUNDO ÁRABE EN LA HEGEMONÍA NORTEAMERICANA Y LA REACCIÓN ANTIIMPERIALISTA DEL ISLAMISMO RADICAL

Por agotamiento y sin grandes vencedores ni vencidos, terminará la guerra irano-iraquí en 1988. El régimen de Sadam Huseyn queda en una situación comprometida de debilidad interna que, entre otros factores, contribuirá a la invasión de Kuwait en agosto de 1990, en fecha

muy cercana el derribo del muro de Berlín, en 1989, símbolo de la caída del bloque soviético, cuya defunción definitiva se producirá en 1992. Nos encontramos en unos años cruciales de la historia contemporánea en la que comenzará a dibujarse el esquema de la posguerra fría en la que nos encontramos inmersos.

El hundimiento soviético tendrá como una de sus consecuencias el abandono de Afganistán por los tanques de Moscú. El territorio afgano quedará liberado, pero sometido a la guerra interminable de sus tribus, grupos político-religiosos y señores de la guerra. En 1994, uno de esos grupos, alimentado desde Pakistán y otros Estados, logrará ocupar el poder y acabará con los restos del Estado comunista. Así pues, la red de combatientes musulmanes ya no es necesaria en la nueva situación, pero la misma se niega a desaparecer y sus miembros no tienen acomodo en sus países de origen, rechazados por el grado de radicalismo que la guerra les había inducido, siendo uno de los factores de reacomodación de al-Qa'ida hacia nuevos objetivos de lucha. Al mismo tiempo, la desaparición del bloque socialista y el hundimiento de numerosas organizaciones afines en el mundo islámico hacen que ya no tenga sentido apoyar a los grupos islamistas, que pasan a ser los nuevos enemigos de la civilización moderna y han de ser combatidos. Se produce una mirada antagónica por la que estos grupos irán desplazando su ira hacia Estados Unidos y esta potencia les fijará como blanco de su estrategia. La protección constante de Norteamérica a Israel está en la razón profunda del rechazo de muchos árabes y musulmanes a su poderío, pero el resultado de la invasión iraquí sobre Kuwait añadirá los elementos definitivos de enfrentamiento.

Norteamérica no podía permitir la osadía de Saddam Huseyn de anexionarse su vecino del sur, lo que llevaba a que el régimen iraquí prácticamente duplicara su participación en la producción de petróleo, aparte de la amenaza que ello suponía hacia los países del Golfo, área del mundo árabe donde los estadounidenses tenían depositados sus mayores intereses estratégicos y donde las relaciones con sus gobiernos eran más intensas. Por ello, los norteamericanos idearon una coalición internacional para oponerse a la anexión iraquí que llevaría a un ataque militar para obligar al régimen de Saddam a retirarse de Kuwait, lo que motivaría el primer gran conflicto tras el colapso soviético, conflicto que fue posible precisamente

por la debilidad de una URSS agonizante y el aprovechamiento que Norteamérica hizo de la misma. Lo que hoy día se conoce como la primera guerra del Golfo, en los primeros meses de 1991, obligó a la restitución de la integridad kuwaití, pero estratégicamente va a suponer la entrada directa de la hegemonía norteamericana en el área, tutelando a sus regímenes, velando por su seguridad y estableciendo bases militares en Kuwait y Arabia Saudí especialmente; por consiguiente, la zona queda definitivamente bajo la órbita estadounidense. Esta circunstancia, con visos de hacerse perenne, será rechazada por numerosas organizaciones islamistas, que ven en esos hechos la caída de la región en el imperialismo norteamericano, sin contrapunto posible en alguna potencia rival, lo que lleva a tales organizaciones a comenzar un enfrentamiento directo contra la presencia militar de los marines, mediante ataques dentro y fuera de la región, perpetrados por grupos diversos, uno de los cuales tendrá importancia muy específica, la red al-Qa'ida, especialmente organizada como estructura transnacional y descentralizada, lo que le hace más inmune por su permeabilidad y flexibilidad geográfica. El máximo adalid de la red, el saudí Osama Ben Laden, radicalizado en los años de lucha contra los soviéticos, expresó su rechazo rotundo a la presencia occidental en la tierra sagrada de los musulmanes, por lo que declaró el *yihad* contra Norteamérica, rompiendo sus vínculos al mismo tiempo con el régimen saudí, con la que su familia mantenía vínculos muy importantes, legitimándose de este modo el proceso de lucha que enfrenta al poderío norteamericano con esta organización islámica y que justificará los discursos de los dirigentes de uno y otro lado de enfrentar civilización y barbarie, orden internacional y terrorismo islámico, por parte estadounidense, y de islam en defensa frente a los nuevos cruzados, en el ideario de al-Qa'ida, que servirá de base en las teorías conspirativas y de choque de civilizaciones que hoy está en auge en ciertos sectores historiográficos y de la opinión pública general. En este contexto ya se encuentran desplegados los elementos de la situación actual y que tendrían como manifestaciones concretas varios discursos pronunciados por Ben Laden contra Estados Unidos, considerados por la potencia como una declaración de guerra, siendo especialmente significativo el emitido el 23 de agosto de 1996, en el que se justifica el enfrentamiento bélico para obligar a los norteamericanos a retirarse de las tierras del Islam y como castigo por la posición de la superpotencia en relación al

problema palestino⁵. La intensificación de la intervención norteamericana en Oriente medio no quedará limitada a defender los regímenes monárquicos del Golfo y continuar la cooperación con Egipto mantenida desde los Acuerdos de Camp David de 1977-78, o sus particulares relaciones con Marruecos y Jordania. Estados Unidos comprendía que ahora, sin la concurrencia de otra potencia rival, podía mejorar sus relaciones generales con el mundo árabe y, conocedor de la antipatía que despertaba en sus poblaciones era consciente de que un acercamiento a los árabes requería dar pasos para modificar el empantanamiento del conflicto árabe-israelí, que se mantenía prácticamente sin variación desde Camp David y con una dificultad creciente para el nivel de vida de los palestinos de los territorios ocupados⁶. A su vez, los gobiernos árabes que deseaban intensificar sus relaciones con Norteamérica, sentían la necesidad de legitimarlas antes sus pueblos con los pasos positivos que se dieran respecto al problema palestino, ante el que la opinión pública árabe se encuentra muy sensibilizada desde sus comienzos. Esto explica en cierta forma la celebración de una conferencia de paz en Madrid en otoño de 1991, donde se sientan de forma abierta por vez primera los Estados árabes e Israel, incluida una delegación palestina dentro de la representación jordana, con los auspicios de las grandes potencias. Estados Unidos continuará prestando su secular apoyo a Israel, nunca puesto en entredicho, pero presionará a sus autoridades para que acepte una posición más flexible en el problema palestino. Fruto de las conversaciones en Madrid surgió el tratado de paz negociado en Oslo entre 1992 y 1994, que supondría el reconocimiento mutuo entre Israel y la OLP, la proclamación de una autonomía palestina en los territorios ocupados e inspiraría el actual proceso de diálogo, dificultosísimo, en el que todavía nos encontramos. El deshielo entre árabes e israelíes, impensable en épocas anteriores, haciendo la salvedad de Egipto, guarda relación con la dinámica abierta desde 1991 en la zona del Golfo, aunque también habría que señalar, desde mi punto de vista, que la protección norteamericana hacia Israel explica igualmente el camino tan tortuoso hacia la paz, pues no se ha ejercido nunca una presión verdaderamente fuerte para modificar ciertas posiciones inflexibles del gobierno israelí.

La evolución política de algunos Estados, ahora que el bloque socialista se ha derrumbado y

algunos gobiernos orientan sus políticas hacia el liberalismo económico, que se mantendrá desde finales de los ochenta y hasta el momento presente, facilitará una relación más fluida entre estos y la superpotencia. En el caso de Argelia, la Constitución de 1988 abrirá las puertas al pluripartidismo y hacia un modelo liberal, pero ante el triunfo de los islamistas del FIS en las elecciones locales primero y en la primera vuelta de las generales después, se produce un golpe de Estado en 1992 que evita la llegada al poder de los islamistas y además los ilegaliza. El temor al islamismo legitimará el golpe argelino por parte de Occidente que, unido a su parcial liberalismo económico, integrará a Argelia como Estado que colabora en la lucha antiterrorista y recibirá apoyo de Europa y Estados Unidos. El sesgo liberal y contrario al islamismo, aunque sin el drama de su vecino, acompaña igualmente a Túnez, otrora régimen socializante que va cambiando de rumbo. En conclusión, Estados Unidos tiene posibilidades de entendimiento con la mayoría de los países árabes, y tan sólo Iraq y Siria se mantienen en posiciones contrarias a sus intereses, lo que podría explicar los acontecimientos y tendencias que se observan desde los sucesos del 11 de septiembre y la inclusión de estos países en el llamado “eje del mal” definido por el Presidente americano George Bush Jr.

Y llegamos a la situación actual derivada o justificada por los acontecimientos del 11 de septiembre neoyorkino de 2001⁷, que llevará a EE.UU. a intervenir militarmente en Afganistán contra el régimen de los talibanes en su campaña “Libertad duradera” en los últimos meses de ese mismo año, acusado éste de acoger a Ben Laden y de amparar sus acciones terroristas. Y como continuación de esa lucha contra el terrorismo internacional, se justificó la invasión y ocupación de Iraq desde marzo de 2003 en el peligro que representaba Sadam Huseyn para la seguridad mundial, su posible connivencia con organizaciones terroristas y las acusaciones, hoy prácticamente desmentidas, de fabricar armas de destrucción masiva. Los preparativos militares contra Iraq fueron muy intensos desde un año antes del ataque, lo que demuestra que la decisión ya estaba tomada de antemano y las argumentaciones que se dieron los días anteriores a la invasión eran excusas para convencer a la opinión pública norteamericana y de otros países, más que para obtener el consentimiento de los gobiernos del mundo que obviamente sabían la verdad sobre la existencia de las supuestas armas. La guerra de Iraq ha sido

el último estadio de un proceso en fase de realización que manifiesta la estrategia estadounidense de asentar su hegemonía en una región fundamental para sus intereses mundiales aprovechando la circunstancia histórica de que no hay otra potencia con poder parecido y quiere consolidar un espacio imperialista antes de la aparición de esa posible potencia rival. Aparte de los intereses económicos inmediatos que EE.UU. tiene con el control de la región, y no solamente por la cuestión del petróleo, y las posibilidades para su importantísima industria armamentística, habría que tener en cuenta que los estrategas norteamericanos están pensando a largo término, incluso a varias décadas vista, y creen que deben asentar su hegemonía antes de que otro pueda hacerlo. Ya lo he señalado donde he tenido oportunidad: la guerra de Iraq no se hizo solamente para eliminar el régimen de Sadam Huseyn, muy debilitado por la contienda de 1991 y por el embargo internacional que sucedió a su retirada de Kuwait, por lo que ya no representaba una amenaza seria para sus vecinos; ése sería el objetivo aparente y justificable ante la sociedad norteamericana y del mundo, pero el objetivo de largo alcance sería atacar Iraq para dañar a un enemigo que todavía no existe, pero que puede aparecer en el futuro.

4. LOS ESTADOS ÁRABES EN LA DINÁMICA HISTÓRICA DEL PRESENTE

Se han discutido las causas de la ausencia de democracias efectivas en el mundo árabe e islámico, manteniéndose las posturas contrapuestas de los que afirman que ello se debe al carácter propio de los pueblos musulmanes, que les incapacita para desarrollar sistemas democráticos auténticos, y los que defienden que el autoritarismo nace de unas especiales condiciones socioeconómicas que, si cambiaran, terminarían produciendo cambios en las estructuras políticas. Partiendo de ideas de Carlos Marx que luego Max Weber⁸ desarrollaría, Kart A. Wittfogel realizó un estudio sobre el llamado “despotismo oriental” que ha servido de base para muchos estudios posteriores sobre los regímenes políticos islámicos y la consideración de que es difícil que construyan sistemas democráticos⁹. Nazih N. Ayubi ha reunido las diferentes posturas entorno a esta cuestión¹⁰. El hecho contrastable es la falta de democracias reales en el mundo árabe si las comparamos con lo que en Occidente se entiende por las mismas. Que todavía no existan, no quiere decir que no

puedan existir, y son esos los términos elementales de la discusión. Por mi parte, sólo apunto algunas ideas al respecto.

El desarrollo de la democracia liberal imperante hoy día en el mundo occidental ha pasado por varias fases, diferentes según las naciones, y no siempre el progreso hacia su consolidación ha sido lineal. Debemos advertir que las comparaciones entre las democracias liberales occidentales y los regímenes árabes se hace desde Estados consolidados y de larga trayectoria histórica, mientras que los países árabes han pasado por épocas de gran inestabilidad y no han terminado de construir en algunos casos un modelo sólido de Estado. Su acceso a la independencia se hizo desde la desestructuración social y territorial que el sistema colonial provocó, con un diseño fronterizo muchas veces artificial y a conveniencia de las potencias europeas, por lo que no me parecen válidos los argumentos que señalan que Japón, país oriental, ha asumido bien el modelo de democracia liberal, partiendo de un régimen despótico, mientras que en el mundo islámico esto no ha sido posible. Japón es una nación de gran trayectoria histórica que ha transformado sus estructuras políticas después de su derrota militar en 1945, pero los países árabes han surgido en la mayoría de los casos después de la segunda gran contienda. En la mayoría de los países donde ha triunfado la democracia liberal, las sociedades, con diferentes niveles de renta, suelen ser homogéneas; sin embargo, en el mundo árabe la fractura entre grupos sociales se hizo más grande de lo que ya era en el período colonial, fractura acompañada de subdesarrollo económico y que incluso llega a ser de tipo étnico y religioso dentro de un Estado. Cuando la experiencia de los Estados sea mayor, sus sociedades más homogéneas, el nivel educativo más elevado, y la clase media se convierta en el sector más extenso, es posible que se profundicen los procesos de democratización.

Pero el tema de la democratización se ha convertido en una cuestión estratégica en nuestros días. Europa y otros países exigen contrapartidas democráticas a cambio de cierta cooperación con los Estados totalitarios. El discurso norteamericano que ha acompañado a sus marines habla constantemente de libertad y democracia. Los organismos financieros internacionales y sectores de la empresa privada local también presionan a los Estados a introducir reformas políticas liberalizadoras.

Esta coyuntura puede favorecer los procesos de apertura, pero habría que considerar si los gobiernos estarían dispuestos a democratizarse por propio convencimiento o por conveniencia con la situación mundial, lo que incidiría en el mayor o menor grado de apertura. Pero el problema del islamismo y del terrorismo islámico contrapesa los factores de democratización. La experiencia argelina muestra un caso de apertura pluripartidista abortado en cuanto un partido islamista vencía en las elecciones por mayoría absoluta. ¿Se fomentarán sistemas pluripartidistas en los que los islamistas no puedan estar representados pese a que dispongan de amplio apoyo popular?, ¿se arriesgarán algunos países a permitir la concurrencia electoral de los islamistas, con el riesgo de que estos puedan ocupar el poder y frenar después la democratización?, ¿se intentará considerar el islamismo algo así como una especie de nazismo en el Islam, que no debe ser tolerado? Hay muchos tipos de islamismos y condenarlos a todos no sería una solución factible en un verdadero proceso de democratización.

La cruzada contra el terrorismo islámico por parte de Norteamérica se interpreta en importantes sectores de opinión árabes como una estrategia contra el Islam, de forma que, por la dicotomía en los discursos y actitudes a raíz de las intervenciones militares de la superpotencia en diversos países de la región, se produce un rechazo a lo occidental, al considerarse Estados Unidos como símbolo y baluarte de Occidente, y dado que la democracia liberal es un concepto desarrollado por la cultura occidental, se produce un rechazo de plano a la misma. De hecho, numerosos pensadores islamistas señalan que la democracia liberal, si fuese asumida por el Islam, al ser extraña a su cultura, produciría más males que beneficios y supondría un triunfo estratégico para Occidente. El futuro político de los Estados árabe-islámicos precisará de la aclaración de estos dilemas e interrogantes.

Estados Unidos ha expresado su concepto de “Gran Oriente”, que viene a significar una región estable políticamente, democratizada, pero bajo su tutela. Ha citado a algunos países de la región, pero no lo ha hecho sobre sus protegidos del Golfo, ¿les exigirá que adopten la democracia liberal que dicen querer en Iraq?, ¿se conformarán, en cambio, con regímenes que aparenten ser democráticos?, ¿se tratará de fomentar democracias vigiladas para que los

gobiernos no actúen al margen de los intereses de la superpotencia? Lo que resulte del aviso iraquí será fundamental para la evolución conjunta de Oriente medio.

Los gobiernos árabes se han caracterizado por su pragmatismo ante las grandes situaciones. No apoyaron la anexión iraquí de Kuwait, pero tampoco se sumaron a los ataques de la coalición militar angloamericana de 1991, para no predisponerse en contra de sus poblaciones, proiraquíes simplemente por sentirse antiamericanas. No aceptaron la invasión de Iraq de 2003, pero nada hicieron para evitarla, sabedores de que nada por el contrario podrían hacer¹¹. Ese pragmatismo probablemente les haga introducir cambios políticos si ello les conviene. En definitiva, la cuestión de la democratización del mundo árabe, en el contexto actual, va a representar una de las grandes cuestiones en el futuro próximo de la región.

En el plano estratégico, el panorama global del mundo se está configurando unipolarmente en cuanto a que hay una sola potencia de alcance mundial, pero las sociedades siguen configurándose multipolarmente en lo cultural y económico. La mayoría de Estados árabes parecen aceptar el orden mundial derivado de la caída del muro de Berlín y han ido intensificando sus relaciones con Occidente y con otras áreas geográficas, como el sureste asiático y el Pacífico, aunque aspiran a que se les otorgue respeto a sus diferencias culturales y a sus modelos de organización política. Según lo dicho, ¿qué hay de cierto en el supuesto choque de civilizaciones al que se tendería de forma acelerada tras los sucesos del 11 de septiembre y las intervenciones militares norteamericanas en la región?

5. EL MUNDO ÁRABE-ISLÁMICO ACTUAL EN EL CONTEXTO MUNDIAL Y EN LA TEORÍA DEL CHOQUE DE CIVILIZACIONES

Puede pensarse que los desafíos de la época contemporánea -aunque han creado una crisis de identidad en muchos musulmanes- podrían ser superados por la civilización islámica. El impacto occidental ha sido muy intenso en todos los órdenes, pero no debe entenderse que Occidente e Islam son dos mundos contrapuestos, ya que presentan elementos comunes. La moral no es muy diferente en sus líneas generales. Ambas civilizaciones han

estado configuradas por sendas religiones que han configurado su personalidad individual y social, religiones que ante todo son monoteístas y presentan una coincidencia esencial que supera las divergencias que como credos independientes obviamente tienen. Desde el punto de vista religioso y cultural, el parecido entre el Islam y Occidente es mayor que entre el Islam y otras civilizaciones orientales. La adscripción que el marxismo y los historiadores occidentales, en general, han efectuado entre el Islam y todo lo oriental se debe fundamentalmente al desarrollo socioeconómico no capitalista fuera de Occidente, al peso de la agricultura en la estructura económica y al autoritarismo político, pero las diferencias entre el mundo islámico y el mundo chino, indio o nipón son muy grandes. Yo diría que el Islam se encuentra en un espacio intermedio entre Occidente y otras culturas orientales, lo que también se observa si consideramos la dimensión geográfica; su ideología e interpretación de la vida se aproxima más a Occidente, pero las condiciones materiales de la mayoría de la población la aproximan más a otros pueblos de Oriente. En definitiva, parte de las diferencias entre Europa y el mundo islámico se comprenden mejor por el distinto desarrollo de sus estructuras económicas y la identificación y modos de los grupos de poder.

Las diferencias son igualmente evidentes¹². Las más importantes, a mi juicio, son la separación de lo temporal y espiritual en Occidente, que no se ha operado en el Islam, y el individualismo del occidental frente a una naturaleza más comunitaria del musulmán. El grado de socialización sí acerca más el Islam a otras culturas de Oriente, pero habría que determinar si ello corresponde a un hecho cultural inamovible o a las condiciones materiales de la existencia. Los pueblos con grandes problemas de subsistencia, con carencias de diverso tipo, y con dificultades para su progreso, suelen solventar estas deficiencias reforzando sus lazos comunes para ejercer mejor la solidaridad. El acceso a la riqueza quiebra ese sentimiento solidario y favorece el individualismo. Como culturas religiosas básicas, el Islam y el Cristianismo no presentan grandes diferencias en la concepción del individuo como persona única y su relación con los demás; ha sido el desarrollo capitalista lo que ha fomentado un individualismo extremo. Sí es cierto que el Islam se expandió por pueblos de tradición tribal, organizados en una estructura comunitaria fuerte, que han dejado su impronta en el

conjunto de la civilización islámica, pero también lo es que la cultura islámica se desarrolló principalmente en las ciudades de Oriente medio y de ahí se fue extendiendo hacia las zonas rurales, en muchos casos sobre un espacio antes ocupado por el Cristianismo.

Por lo que respecta a la separación de lo político y lo religioso, no es un hecho que existiera durante muchos siglos en el mundo cristiano; se fue produciendo a partir del Renacimiento, y con muchas dificultades y después de numerosas guerras. En el Islam, la coincidencia prácticamente plena entre la religión y la forma de vida, junto con el hecho de que no ha desarrollado claramente una estructura institucional religiosa, como lo ha sido la Iglesia en el Cristianismo, no ha permitido operar una distinción nítida entre lo religioso y lo profano, ya que en el Islam no hay clero verdadero, no hay distinción entre los fieles seculares y la clase sacerdotal. Una realidad se concibe gracias a su contraria; así, en el Cristianismo esto se traduce en el hecho de que se ha logrado separar lo profano de lo sacro porque se desarrolló un poder civil y otro espiritual, lo que permitía deslindar ambas esferas, por contraposición de una con la otra. La solución que Occidente ha dado ha consistido en relegar lo religioso a lo privado. El Islam chíí ha desarrollado instituciones que se aproximan a lo que entendemos por clero -generalmente creadas en los tiempos modernos-. La creación de una república islámica en Irán ha configurado una estructura política con un cuerpo "clerical", el Consejo de Guardianes de la Revolución, que hace a la vez de Tribunal Constitucional y de guardiana de los preceptos islámicos; se acerca a lo que es una estructura eclesial con poder político. A su vez, hay un Parlamento, un Ejecutivo y un Presidente elegidos democráticamente¹³. Sin haber sido influenciados por el Cristianismo, Irán está constituyendo un sistema en que parece vislumbrarse síntomas de un poder político no confundido con el religioso, el segundo con grandes prerrogativas, pero puede resultar un estadio inicial para la configuración de dos poderes. De ser así, se produciría la eclosión de un fenómeno que vivió Occidente. En cuanto haya dos poderes diferenciados, la conciencia de que uno y otro son diferentes y con campos de acción exclusivos bastará para concebir al menos teóricamente la distinción y, por tanto, la separación de ellos. Por su propio camino, Irán puede revivir procesos que se dieron en Europa. En el Islam sunní, aunque sin este desarrollo,

mantiene algunas instituciones desarrolladas en la época otomana, ahora nacionalizadas en cada caso, como la de los grandes muftíes, que son expertos religiosos que determinan la legalidad o ilegalidad de las leyes estatales; también preserva un cuerpo de alfaquíes o juristas religiosos que cumplen funciones parecidas. Sin llegar a serlo, son instituciones que traducen tímidos intentos de concebir una autoridad religiosa separada de la política, con la primera como garante de la segunda, lo que permite atisbar que el camino de la separación entre lo temporal y lo espiritual ya se ha iniciado, y al igual que ocurrió en el mundo cristiano, ello se produce mediante la institucionalización de la religión. ¿Se produce tal eventualidad por el influjo occidental en el Islam o por el desarrollo propio de esta religión?, puede que por ambas razones, aunque esta cuestión tendrá que estudiarse según derive la evolución de las estructuras políticas en los países del Islam.

Sean compatibles o no, el discurso sobre el choque de civilizaciones es hoy recurrente. En la hipótesis de Huntington habrá un enfrentamiento entre Occidente y el resto de las civilizaciones y, especialmente, una alianza entre el Islam y China contra el mundo occidental¹⁴. Las intervenciones militares norteamericanas en Afganistán e Iraq, y la cada vez más probable en Irán, aparte la lucha contra el terrorismo islámico, serían indicios de ese choque futuro. No voy a entrar en el análisis erudito de los argumentos a favor y en contra que se han postulado y voy a exponer directamente mis propias consideraciones.

La situación histórica actual no permite aseverar que el choque de civilizaciones se haya iniciado¹⁵. Los ataques contra los talibanes afganos y la red de al-Qa'ida responden a los intereses propios de Norteamérica, estratégicos, económicos, pero no suponen un ataque contra el Islam; lo mismo puede decirse de Iraq. Además, no ha habido una reacción generalizada de los países islámicos contra esas intervenciones, si exceptuamos las reacciones populares y las simples declaraciones políticas. Como potencia imperialista, Estados Unidos interviene donde le interesa, y debemos recordar que en Yugoslavia se hizo teóricamente en defensa de los musulmanes kosovares y para detener las matanzas de musulmanes bosnios. En los discursos siempre se hace hincapié en que no se ataca a los musulmanes sino a determinados regímenes. Por parte del terrorismo islámico, los discursos de Ben Laden,

airados y con llamamientos a luchar contra Norteamérica, y de otros dirigentes, se refieren únicamente a la defensa de las tierras del Islam, para que los estadounidenses abandonen la región del Golfo e Israel haga lo propio en Palestina. No hay intención de destruir Occidente, aunque como movimientos reactivos que son, consideran que sí hay un intento occidental de dividir y ocupar el Islam. La guerra preventiva americana se justifica por sus necesidades de defensa, no para enfrentarse a otras culturas; la guerra ofensiva de al-Qa'ida se justifica en la defensa del Islam frente a las agresiones de Estados Unidos e Israel¹⁶. No estamos tanto ante un enfrentamiento de civilizaciones, sino ante la lucha entre un imperialismo y quienes no desean someterse al mismo. Hemos de preguntarnos entonces porqué el terrorismo es esencialmente islámico y porqué son organizaciones de musulmanes las que preferentemente se atreven a desafiar el imperio. La respuesta se deduce de la situación de la guerra fría, cuando había una potencia enemiga y ésta se mostró expansiva. Estados Unidos no se enfrentó directamente a ella, sino que utilizó a los musulmanes para defender el Islam afgano y propició la génesis y desarrollo de la red de Ben Laden, y otras variadas para contrarrestar las actividades ideológicas de los grupos socialistas que podrían ser quintocolumnistas de los soviéticos. Estas organizaciones, como todo ser vivo, tienden a mantener su existencia y a reproducirse, y ante la desaparición del enemigo soviético, han cambiado de objetivos como mecanismo de supervivencia.

El sistema capitalista y los que le han precedido, se han desarrollado en torno a la rivalidad de las potencias. Europa ha sufrido infinidad de guerras por la hegemonía del continente y del mundo. Durante la guerra fría el enfrentamiento fue indirecto y basado en la carrera armamentística, pero se mantenía dicha rivalidad. El hundimiento de la URSS provocó un vacío que los estrategas han querido rellenar rápidamente, y como ningún país podía ocupar dicho espacio, ese vacío se resuelve con un enemigo nuevo, que no es de ningún país, y está presente en muchos. El terrorismo islámico era lo que mejor organizado estaba cuando desaparece la Unión Soviética, no actúa cuando esta potencia parecía poderosa, sino en su proceso de descomposición. Desde mi punto de vista, el choque de civilizaciones se limita a una representación ficticia de las ambiciones de la industria bélica de seguir operando, de las necesidades políticas de generar miedo en la

sociedad como elemento para conseguir la aceptación de una realidad estratégica y socioeconómica que exige sacrificios por parte de algunos pueblos.

Las guerras suelen hacerla los gobernantes, por intereses concretos, y arrastran con ellas a los pueblos. Estos pueden ser manipulados y el miedo ha sido siempre la herramienta más eficaz de manipulación. Se puede organizar una campaña para crear temor en la población hacia otra cultura, y puede tener éxito. De hecho, si no fuera por el esfuerzo de algunos y porque las potencias también lo han señalado, puede generarse temor al Islam en Occidente, a los terroristas musulmanes, al fanatismo. En casos de conflictos bélicos puede atizarse el odio cultural y racial, lo cual ya ha ocurrido en la experiencia histórica, pero no sería realmente un choque de civilizaciones, sino la estrategia de los señores de la guerra. En el Islam no se odia a Occidente como tal, sino su arrogancia y dominio sobre ellos. El respeto entre civilizaciones también existe. En cuanto a posibilidades materiales, no es concebible hoy día un enfrentamiento generalizado Islam-Occidente por la debilidad militar y económica del primero, por su desunidad y, además, porque necesita del desarrollo de Occidente para su propio progreso.

China parece que despierta temores, con su crecimiento económico prodigioso y su potencial demográfico. A largo plazo puede convertirse en una superpotencia, también en el terreno militar. A Occidente le interesa el desarrollo chino como extensión de su mercado, igualmente puede recelar de su potencial futuro. La situación mundial deriva del deseo estadounidense de aprovechar su privilegiado status para asentar su hegemonía en las regiones que hoy y mañana pueden tener importancia estratégica, para impedir que surja otra potencia con su misma capacidad, y de hacerlo, que no ponga en riesgo el espacio geográfico que Estados Unidos necesita tener bajo su órbita. A esto responde el proyecto de Oriente medio en el que trabaja la Administración Bush. En el caso hipotético de que China se convirtiese en esa potencia y rivalizara con Norteamérica, buscando su propio espacio y, constreñida por la hegemonía americana, decidiese mostrarse con belicosidad, podría querer atraerse al mundo islámico. Estaría por ver qué ventajas obtendría el Islam junto a China y no junto al bloque occidental. Huntington alude a que el poderío occidental acercaría a otras civilizaciones; de ser

así, el Islam se aliaría con quien le prometiera la libertad y como alianza contra el imperio, pero sería una alianza de intereses y circunstancial y los problemas internos en esa alianza podrían emerger con rapidez en cuanto China quisiera convertirse en potencia hegemónica. Desde el punto de vista económico, se observa una importancia creciente de China en los intercambios comerciales, también la asistencia técnica del país oriental en algunos países en ciertas áreas, incluida la de las centrales nucleares y, para inquietar, sus lazos tienden a intensificarse con los países dentro o alrededor del eje del mal bushiano, ¿alianza con el Islam?, solamente con algunos países, y no por orientación religiosa o cultural, sino simplemente por conveniencia comercial y política. De todas formas, habrá que estar atentos a la evolución económica de China y ver si Oriente medio se convierte en zona referencial de sus intercambios, pero todavía hoy son los países occidentales el núcleo comercial de todo su mercado, tanto de importación como de exportación.

Habría que estudiar el lugar de la cada vez más aislada, según este panorama, Europa, que se esfuerza por incrementar sus lazos de unidad, pero que dista de ser una única voz en el mundo. Su asimilación al bloque occidental parece indiscutible, pero no siempre coincide con los intereses norteamericanos. Sus posibilidades de cooperación y amistad con el mundo islámico son hoy importantes, cuando ya no hay Colonialismo y las relaciones pueden ser más igualitarias. Puede jugar el papel de representar la versión dulce o el rostro amable del dominio occidental en el mundo frente al imperialismo americano, pero parece evidente que el centro de decisiones se desliza hacia América del norte y hacia Oceanía-Pacífico. La desaparición de la URSS ha reducido la importancia estratégica de Europa, y ha confirmado la de Oriente medio. En este contexto, Europa, para contrarrestar su pérdida de influencia, tal vez busque intensificar sus relaciones con el mundo árabe para salir de su aislamiento. Cabe pensar que por tal motivo Francia ha expresado su rechazo al proyecto de Oriente medio americano, que elimina sus posibilidades de influencia. Gran Bretaña históricamente muestra una convergencia prácticamente absoluta con Estados Unidos porque sus intereses coinciden. Haciendo la salvedad de Marruecos, los países árabes con los que Norteamérica viene manteniendo relaciones más estrechas son precisamente los mismos que los británicos han tutelado: Jordania, Egipto y

los Estados del Golfo. La “rebelde” Iraq quiso apartarse del dominio británico primero en la época de mandatos, luego distanciarse de Estados Unidos; tanto en 1991 como en 2003 sufriría el ataque combinado de ambos.

Como nota conclusiva, el mundo islámico es una civilización, pero no un bloque. Durante la guerra fría unos países se aproximaron a Estados Unidos y otros a la URSS. Las superpotencias intentaron asimilarlas a sus áreas de influencia, y fue lo que consiguieron, pero en lo que respecta al menos al mundo árabe, no puede decirse que quedaran en la órbita directa de ellas. Todo comienza a cambiar a partir de 1990 cuando Estados Unidos ahora sí quiere tener la región en su campo de acción directo. Es el proceso del tiempo presente, la construcción de una hegemonía unipolar, y como está en pleno desarrollo, los acontecimientos históricos de la región guardará relación con esa dinámica, y los conflictos previsibles emergerán cuando se presenta que se pone en riesgo dicha unipolaridad. Pero no debemos olvidar que la dinámica histórica actual presenta los elementos complejos y heterogéneos del fenómeno de la globalización, que afecta a la región de manera significativa, por lo que su desarrollo futuro también dependerá del mismo.

NOTAS

¹ Lemarchand, Ph. (ed.), *Atlas géopolitique du Moyen-Orient et du Monde Arabe*. Bruselas, Editions Complexe, 1993.

² La Unión Soviética llevó a cabo su propia estrategia en Oriente medio, con aspectos claramente diferenciados de los norteamericanos. Cf., Golan, G. *Soviet policies in the Middle East: From World War Two to Gorbachev*. Cambridge, CUP, 1990.

³ Tan sólo un país llegó a definirse oficialmente como marxista-leninista, Yemen del sur, que se uniría a su vecino, el monárquico Yemen del norte, en 1991, en un proceso complejo y dificultoso que ha sido, además, el único que se ha consolidado.

⁴ El pensamiento y las organizaciones islamistas no son un elemento nuevo en las sociedades islámicas que ahora aparecen como herramienta defensiva del Islam. Se originan desde el último tercio del siglo XIX, surgiendo en primer lugar en la India, actual Paquistán, y extendiéndose progresivamente en varios países. En Egipto tendrían un peso importante con la organización de los Hermanos Musulmanes, reprimidos por el poder institucional, que servirían de referencia a otros países árabes. El ideario político-religioso es variable según las organizaciones, pero suelen caracterizarse por ser reformistas, a veces incluso progresistas, aceptando la modernización técnica proporcionada por Occidente, pero

rechazando la dependencia del Islam hacia el modelo occidental y tratando de recuperar señas de identidad islámicas que se han ido corrompiendo con el paso del tiempo y explican el grado de subdesarrollo de las poblaciones musulmanas. Cf. Armstrong, K. *Los orígenes del fundamentalismo en el judaísmo, el cristianismo y el islam*. Barcelona, Círculo de Lectores, 2004; Dekmejian, R.H., *Islam in Revolution. Fundamentalism in the Arab World*. Nueva York, Syracuse University Press, 1995; Dumont, P.; Carré, O., *Radicalismes islamiques*. París, L'Harmattan, 1985, 2 vols; Esposito, J.L., *El islam político*. Barcelona, Siglo XXI, 1998; Kodmani-Darwish et al. (eds.), *Les États arabes face à la contestation islamiste*. París, Armand Colin, 1997; Étienne, B., *El islamismo radical*. Barcelona, Siglo XXI, 1997; Roy, O., *Genealogía del islamismo*. Barcelona, Edicions Bellaterra, 1997; Burgat, F., *El islamismo cara a cara*. Barcelona, E. Bellaterra, 1997; Sivan, E., *El islam radical*. Barcelona, Edicions Berraterria, 1998.

⁵ Puede consultarse este y otros discursos del saudí en: Roland, J., *En nombre de Osama Bin Laden*. Buenos Aires, Salvat Editores, 2001.

⁶ Empeoramiento de las condiciones de vida de los palestinos que se había expresado de manera trágica desde diciembre de 1987 con el estallido de la Intifada o revuelta popular de la juventud palestina contra la ocupación israelí.

⁷ La disyuntiva está expresada con toda la intención. Puede juzgarse la política estadounidense posterior al 11 de septiembre como consecuencia de los acontecimientos de aquella fecha. Sin embargo, tal política ya estaba diseñada en fecha anterior, baste releer algunos discursos públicos de Condoleezza Rize, Rumsfeld y otros miembros destacados del grupo conocido como “los halcones”. El 11 de septiembre sería la ocasión aprovechada para poner en marcha una estrategia que de otra forma hubiese sido más difícil de justificar y anticipar en el tiempo lo que tal vez se estimara realizar a más largo plazo. Cf. Rice, C., “Campaign 2000: Promoting the National Interest”. *Foreign Affairs*, enero/febrero 2000.

⁸ Weber, M., *Economía y sociedad*. Barcelona, Fondo de Cultura Económica, 1993.

⁹ Wittfogel, K.A., *Oriental Despotism*. New Haven, Yale University Press, 1957.

¹⁰ Ayubi, N.N., *Política y sociedad en Oriente Próximo. La hipertrofia del estado árabe*. Barcelona, Edicions Bellaterra, 2000, esp. cap. 6 y 7.

¹¹ Por razones comprensibles, Kuwait sí compartía la decisión estadounidense de atacar Iraq, Arabia Saudí y otros países de la zona oficialmente la rechazaban, pero logísticamente la favorecían.

¹² Huntington identifica los elementos distintivos de la civilización occidental, sobre los cuales estableceríamos sus diferencias con el resto de las culturas humanas. Algunos de estos elementos no son exclusivos de Occidente. Cf. Huntington, S. P., *El choque de civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial*. Buenos Aires, Paidós, 1997, 81-83.

¹³ Con las limitaciones que impone precisamente el Consejo de Guardianes, que aprueba o rechaza las candidaturas a elecciones según la “islamicidad” de los candidatos, lo que le confiere gran poder y limita las posibilidades de apertura política.

¹⁴ Huntington, S.P., “The Clash of Civilizations?”. *Foreign Affairs*, LXXII-3 (1993); “Desafíos entre el Islam y la cultura occidental”. *Archivos del Presente*, II-5 (1996), 93-105; *El choque de civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial*. Buenos Aires, Paidós, 1997.

¹⁵ Iglesias Onofrio, M., *La respuesta estadounidense a los atentados del 11 de septiembre: un análisis desde el paradigma del choque de civilizaciones*. Cádiz, 2004, trabajo de investigación del doctorado, inédito.

¹⁶ Inquietante el concepto de “guerra preventiva”, con la que podría justificarse cualquier conflicto. De manera paralela podríamos hablar de defensa preventiva. Si Estados Unidos legitima la guerra preventiva para anticiparse a futuros ataques que recibiría, ¿podría justificarse el rearme, incluso nuclear, de los países que se sienten amenazados por EE.UU., para “prevenir” futuros ataques, como estrategia disuasoria?, tal parece la respuesta que quieren dar Corea del Norte e Irán, pero al mismo tiempo, ese rearme incentiva a su vez a llevar a cabo la guerra preventiva.